



Gabriel Goldberg

LA MALA SANGRE

INTERZONA

Gabriel Goldberg

LA MALA SANGRE

INTERZONA

INTERZONA

Goldberg, Gabriel

La mala sangre. - 1a ed. - Buenos Aires : Interzona Editora,
2014.

368 p. ; 21x13 cm.

ISBN 978-987-1920-84-6

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

© Gabriel Goldberg, 2014

© interZona editora, 2014

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Coordinación: Victoria Villalba

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Composición de interior: Hugo Pérez

Composición de tapa: Victoria Villalba

Fotografía de tapa: Shutterstock

ISBN 978-987-1920-84-6

Impreso en la Argentina. Printed in Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



—¿Y entonces?

—¿Y entonces qué?

—¿Y entonces, qué hay que hacer?

—...

1

La taquicardia me retumba sorda en la yugular.

Hace eco sobre el lado izquierdo de mi pecho. Un frío seco, helado, corre lento hasta la punta de mi nariz. Empiezo a disfrutar. El hormigueo en las mucosas se impone, vence a esa molesta aprensión que me mantenía tensionados los dedos de las manos y de los pies. Miro hacia la ventana. El cielo está más que azul; las nubes blancas lo vuelven perfecto. Si esto fuera la muerte, la elegiría así, dulce y viciosa. Y este sería el cielo al que me entregaría el día de mi partida. Un hilo de saliva me cae desde el labio adormecido. Sonrío por la sensación. Suelto toda la espalda contra el respaldo y me dejo abrazar por esas nubes esponjosas que vienen a mi encuentro. Justo cuando me voy elevando, descubro a la luna que, disimulada por los restos de luz, aparece en uno de los ángulos de la ventana. Está llena, como ayer, cuando a punto de sumergirme en el agua tibia, la alcancé a ver reflejada sobre la superficie turquesa de la piscina.

2

Sesiones tortuosas e interminables.

Así es la historia con mis dientes. Como un cáncer crónico. Todo se remonta a los trece años. Más exactamente, al comenzar los preparativos para la celebración de mi Bar Mitzvá. Decía mi madre que yo debía estar más que espléndido para la fiesta y, como no le gustaba ni la forma ni el color de mis dientes, dio la orden para que me los

reconstruyeran en la clínica odontológica que mi papá le había regalado. Debí someterme a largas y dolorosas sesiones, en las cuales me hacían varios tratamientos de conducto al mismo tiempo, de manera de quitarles vitalidad a mis piezas dentarias. Los odontólogos asignados a mi caso debían turnarse para cubrir los extensos horarios. Perforaban, escarbaban, capturaban y extirpaban uno a uno los filamentos nerviosos que llegaban hasta las raíces. El nombre de esa práctica dio lugar a un equívoco de mi parte, ya que entendí que me la hacían como consecuencia de supuestos problemas serios en mi conducta social y familiar. Una tarde, regresando de la clínica, reventado de dolor y de cansancio, torpe y con los labios todavía dormidos, le farfullé a mi madre, por qué no me dejaba ser un chico normal, con los dientes como los tenía. Ella no estuvo de acuerdo y me lo hizo saber con un cachetazo. Luego, me miró fijo, se acercó hasta que sus pestañas tocaron mis mejillas y con una sonrisa me dijo que yo no entendía nada, que en unos meses ya sería un hombrecito y que debía estar espléndido, que la consigna era ser mejor que una familia normal.

Luego, una vez que los especialistas anularon la sensibilidad de mi dentadura, pasaron días enteros tallando mis muelas y dientes; por último, y después de muchas pruebas y contrapruebas para satisfacer los gustos exigentes de mi madre, me colocaron esas porcelanas que a ella tanto la deleitaban. Pero antes debí quedarme encerrado en casa sin poder ver a nadie, pues mis dientes eran pequeños postes de dentina y metal sin ningún tipo de presentación estética provisoria. Por ellos falté al colegio durante más de dos meses, y perdí la regularidad escolar. Para no repetir el año, en cuanto terminó la fiesta, en la que estrené mi flamante sonrisa vistiendo un frac de terciopelo azul, tuve que estudiar día y noche para rendir exámenes de todas las materias ante un tribunal examinador.

Pero la peor parte fue, sin duda, la del dolor: no importaba cuántas ampollas me inyectaran, no me hacían efecto. Años más tarde, descubrí que la clínica de mi madre compraba lidocaína vencida o rebajada con agua destilada.

3

Había comenzado a levantar temperatura.

Sospechaba que debía haber algún problema con los implantes que sostienen el puente. Ojalá hubieran estado flojos los tornillos, porque entonces sólo se hubiera tratado de ajustarlos. Igualmente no me hice demasiadas ilusiones; eso hubiera explicado la movilidad y el mal gusto en la boca, pero no el intenso malestar, mucho menos la fiebre. Era como si me estuvieran pellizcando el hueso. También podría haberme engañado con una gripe pasajera, pero tenía casi la certeza de que había un proceso infeccioso calando bien hondo en mi maxilar inferior. El mecánico de bicicletas con aires de entrenador olímpico, venía insistiendo con su preocupación: las infecciones en la boca pueden ser letales para los corredores de larga distancia. Me explicó que el corazón debe trabajar exigido para enviar mucho volumen de sangre a los músculos y, al estar tan cerca del foco infeccioso, el proceso puede terminar en una peligrosa miocarditis. Por eso y más que nada por el dolor, me hice revisar por un odontólogo general. Me sacó una panorámica y una buena cantidad de placas comunes. Como parece ser habitual, no se molestó en darme un diagnóstico concreto, pero, al menos, me recetó antibióticos y arregló él mismo desde su consultorio una cita urgente con un cirujano maxilofacial: el doctor McClane, según él, de lo mejor que puedo encontrar en estas latitudes.

4

Son las dos y cinco de la tarde.

Hipnotizado por la impaciencia, miro fijo el reloj que cuelga de una de las paredes del consultorio. El sillón está demasiado horizontal; tensando el vientre y haciendo extraños malabares con las piernas trato de permanecer lo más erguido posible. Cerca del reloj se despliega un ventanal. Afuera hay un sol enneguecedor. Parece que el tiempo mejora, hoy amaneció más tibio, y tal vez ya no regresen los frentes fríos. En dos semanas comienza la primavera. Este invierno

fue demasiado largo, incluso para los que vivimos en este pantano.

Una asistente de uniforme rosado apenas me pide permiso y, sin sonreír ni saludar, me levanta los brazos uno por vez y me cubre con una sábana descartable verde clarito, la cual me tapa por completo desde el cuello hasta debajo de las rodillas. La asistente tiene una cabellera exuberante, pelirroja, llena de rulos pequeños. Su cara revocada de blanco, los ojos delineados con un violeta exagerado. Luego, abre y cierra histéricamente varios cajones hasta encontrar lo que busca; lo acomoda dentro de una de las bandejitas llenas de instrumentos de metal. Espío de reojo, alcanzo a ver una jeringa y varias hojas de bisturí. Sonríe buscando su complicidad, pero ella esquiva mi mirada. Algún comentario me ayudaría a relajarme. La noto tensa. No puedo controlar mi compulsión y le miro directo a la entrepierna. La imagino totalmente depilada. Llena un vasito con agua y le agrega un chorrito de Listerine turquesa. Tiene las manos marchitas, los dedos largos y flacos, el esmalte de las uñas saltado, las cutículas arrancadas. Sabe que la miro. Deja el vaso sobre la bandeja alta que está a mi costado; mirando a lo lejos por la ventana, me avisa que el doctor estará conmigo en cualquier momento. Creo que sale del consultorio, pero cuando volteo a mirar para asegurarme de que me he quedado solo, la veo cruzada de brazos, estudiándose los dedos de una mano, con la cintura apoyada sobre la mesada del consultorio. Respiro hondo y exhalo de manera exagerada. Me siento incómodo. Relajo los músculos del abdomen y me dejo caer hasta casi recostarme. Escucho pisadas de goma que se aproximan por el corredor. Giro la cabeza hacia la asistente. De inmediato, descruza los brazos y se acomoda el pelo. Se aleja del mueble sobre el que se apoyaba y se para erguida, con los pies paralelos y las rodillas pegadas, casi una cadeta en posición de saludo militar. Los pasos que se acercan ahora entran al consultorio. Me incorporo sobre el sillón forzando mis abdominales. Viene hacia mí un tipo grandote con ropa verde de cirugía, se quita el barbijo y con una sonrisa de película, que brilla estratégica en los colmillos, me extiende la mano derecha.

—Mucho gusto, soy el doctor McClane, el cirujano.

Le estrecho la mano y me presento. Con voz de comandante de un cuerpo de ingenieros, le pide mis placas a la pelirroja. Sumisa, ella le alcanza un sobre manila. McClane debe estar en los sesenta, tiene la piel bronceada y el aspecto de disfrutar de un muy buen pasar.

—Estoy perfectamente al tanto de su caso, esta mañana hablé un largo rato con el odontólogo general —me dice, mientras con atención observa la placa panorámica contra la luz que entra por la ventana. Y agrega—: No va a ser fácil, vamos a intentar entrar por arriba, perforando el puente justo donde sospecho que están los tornillos, pero no tengo idea de con qué nos vamos a encontrar cuando llegemos abajo. Lástima que estemos a ciegas, no hay manera de rastrear la cabeza de esos tornillos; son de los viejos, de cuando todavía no les ponían marcadores. Pero no se preocupe, el primer implante lo coloqué en el año 67, cuando estuve en Vietnam con el cuerpo de cirujanos de la marina. Ahora mi hijo hace lo mismo, pero en otro infierno: Irak —una mueca mezcla de orgullo y espanto lo hace callar por un instante—. Hace catorce meses lo despacharon para la recaptura de Fallujah.

Frunzo la frente y lo miro extrañado. Al ver mi expresión, McClane continúa:

—Sí, operábamos todo lo que estuviera por arriba del cuello. Los muchachos venían despedazados y había que hacer lo que se pudiera. Pero respecto a su caso..., todas las semanas tengo que lidiar con este tipo de implantes. Se usaron hace muchos años, les ponían un poco de teflón para darles flexibilidad. Después descubrieron que los postes se partían adentro del implante, justo a la altura del tramo de plástico.

McClane le devuelve las placas a la asistente, me mira atento y sonrío mientras se frota las manos. Yo no digo nada.

—A ver, déjeme que lo revise. Por favor, recuéstese y abra bien grande la boca —McClane se me acerca, se coloca los guantes de látex y enciende la luz halógena. Con una mano me agarra el mentón y con la otra mueve el puente que sostiene apenas entre dos dedos. Siento un dolor agudo y forcejeo tratando de retirar la cara. Maldice y murmura

algo casi sin separar los labios. Retira los dedos de mi boca y hace una seña pidiendo que apaguen la lámpara. Rezonga y se aleja de la butaca para poder hablarme—. Lamentablemente es peor de lo que me imaginaba y el protocolo cambia; la zona está toda infectada, voy a tener que operarlo de inmediato. Necesito su consentimiento en algunos papeles adicionales. Si no logro dar con los tornillos, tendré que volar el puente por completo y cortar la encía para retirar los implantes; deberemos trabajar dentro del hueso.

Un frío me recorre la espalda. Lo miro y asiento con la cabeza. No esperaba un diagnóstico mejor.

—¿Va a preferir que le demos un sedante inyectable? —me pregunta.

McClane habla un inglés tan cerrado que a duras penas logro entenderle. Digo que no con la cabeza. Entra al consultorio otra asistente. Me sonrío dulcemente. Tiene los dientes blancos y la piel de la cara color chocolate. Me alcanza unos formularios y un bolígrafo, me pide que por favor firme donde vea mis iniciales. Me habla en español, es amable. Le pregunto de dónde es y me cuenta que de Puerto Rico. Le entrego los papeles firmados y le confirmo que no quiero ningún sedante endovenoso. Me dice que me quede tranquilo, que ella va a estar presente durante la cirugía. La asistente pelirroja entra con el carro de paro y sale del consultorio preparando más instrumentos. Antes había colgado algunas bolsitas con soluciones parenterales. Ahora estaciona un tubo de oxígeno a mi lado. Me río por adentro; da gracia el teatro que montan.

—Todo listo, vamos a comenzar —dice McClane con voz firme, mirando a las instrumentadoras, que asienten con sus caras protegidas detrás de máscaras transparentes.

Yo me acomodo en el sillón y trato de relajar las piernas. Abro la boca lo más grande que puedo. McClane pide luz y succión permanente. Luego abre una mano a la altura de mis ojos y la puertorriqueña le calza una jeringa. La precisión fue quirúrgica, hasta se escuchó un golpe seco. Veo la aguja avanzando dentro de mi boca. Me pongo bizco por el esfuerzo. La puertorriqueña me agarra una mano. El co-

razón se larga a galopar. Respiro hondo por la nariz y cierro los ojos. McClane pide que abra más grande. Hago lo que me dice, sé que viene la maldita troncular, la que se clava en el fondo de la boca justo en la articulación. Aprieto fuerte los dedos de los pies y me preparo para la patada eléctrica. Ni más ni menos, la sensación de meter la lengua en un enchufe. Abro bien grandes los ojos, cierro las manos con todas mis fuerzas. Trato de no respirar para permanecer inmóvil. Ahora me separa el labio para entrar en el piso de la boca y luego pincha en las dos caras de las encías que rodean el puente. Forcejea con la jeringa para que entre más anestesia. Los tejidos se resisten, rechazan el líquido que llega, amargo, hasta mi garganta. Los capilares están saturados.

—Okay —dice McClane, mientras retira la jeringa y la deja caer sobre una bandeja de acero—, con esto será suficiente.

Los ojos se me mojan de dolor e impotencia. La puertorriqueña me pregunta si estoy bien. Digo que sí con la cabeza, pero evito su mirada. Estoy indignado. Siento el ardor de los pinchazos. Con la certeza de un comando, McClane aplastó la rebelión.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA